

## Capítulo 278 - Terremotos, avalanchas y.... mucho sexo. (R-18)

"Maestro...", balbuceó Kaguya, sus palabras casi inaudibles mientras caminaba junto a Alucard. Podía sentir la tensión creciendo en el ambiente, y el peso de esas palabras pesaba sobre ambos.

Alucard, con la mirada perdida, respondió en voz baja, pero cargada de una sorpresa casi imperceptible: «Sí, lo he sentido...».

La montaña ante ellos se alzaba majestuosa, su cima dominando el paisaje. Era el punto más alto del castillo donde Alucard albergaba a sus más poderosas e ilustres figuras. Los hoteles construidos allí no eran comunes; estaban hechos de la magia más pura, reforzados con costosos encantamientos, preparados para albergar a los seres más grandes y poderosos. Después de todo, sus huéspedes no eran simplemente poderosos. Eran entidades de otro nivel.



"Pero Kaguya..." Alucard se acercó al borde del castillo, con la mirada fija en las colinas lejanas. El paisaje parecía apacible, pero algo en su postura transmitía que no estaba en paz. "Hay seres, Kaguya, que no están controlados, ni siquiera por los más poderosos..."

Kaguya lo miró con los ojos llenos de dudas, pero antes de que pudiera preguntar, él la interrumpió con un gesto de la mano, pidiendo silencio.

Con una mirada penetrante, Alucard comenzó: "Conoces la historia de Sun Wukong, ¿no?"



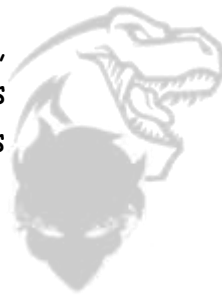
"Sí..." respondió Kaguya con cautela, sintiendo que el peso de la conversación comenzaba a tomar un giro peligroso.

—Entonces también debes conocer la historia de una mujer —continuó Alucard, con la mirada aún más oscura—. Zafiro Agares.

Kaguya se quedó quieta, conteniendo la respiración por un momento, antes de responder: «La... demonio primordial... que destruyó a doscientos millones de ángeles durante la Guerra del Génesis... Entre los primordiales, solo Amon y Lucifer pueden compararse con ella. Pero...».

Ella dudó, la tensión entre ellos crecía. Alucard, ahora más serio, añadió:

"En el pasado, eso habría sido una hazaña extraordinaria... pero hoy en día, eso sería algo que un Súper Ser de Clase Especial haría..." Hizo una pausa, sus ojos se volvieron penetrantes, como si estuviera perdido en sus propios pensamientos.



Kaguya observó en silencio, dándose cuenta de que aún no había terminado.

"El problema, Kaguya..." continuó Alucard, mientras la ira se filtraba lentamente en su voz, "es que este ser, este desgraciado... es el mayor rival de Sun Wukong".

Kaguya lo miró tensa, sintiendo el peso de sus palabras. La presencia de Alucard pareció cambiar; su furia amenazaba con desbordarse con cada palabra que pronunciaba.

"Y ahora, en este preciso instante..." Alucard habló finalmente con una calma que rozaba la locura, como si su voz estuviera siendo forzada a permanecer



controlada. "Esa mujer está teniendo sexo tan brutalmente con su marido que está causando terremotos en mi montaña."

Kaguya se quedó paralizada, con los ojos abiertos. "¿Qué?"

—Sí —dijo Alucard con ira contenida, moviendo la lengua con repugnancia—. Destruyó todo el hotel. Destruyó parte de las montañas. Y ahora, la están... follando en la nieve mientras hablamos.

El aire se volvió tenso, casi insoportable. El castillo pareció estremecerse con la fuerza de las palabras de Alucard. Kaguya tragó saliva, con la mirada fija en su amo, intentando procesar lo que acababa de revelar.

Alucard, visiblemente nervioso, retrocedió un paso. «Mi casa, Kaguya... todo tiembla. Todo se derrumba... por culpa de ella».

La ira de Alucard parecía crecer a cada segundo. "Y yo..." Hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior mientras apretaba los puños, con los dedos tan fuerte que la carne de sus manos empezó a desgarrarse ligeramente. "No puedo hacer nada. ¡Nada! Porque, mientras todo esto sucede, ella está ahí, en medio de la nieve, haciendo lo que está haciendo. Y ni la montaña, ni el cielo, ni el infierno la detendrán. Yo tampoco."

Kaguya lo miró, las palabras escaparon de su boca sin querer: "Pero... maestro, ¿qué vamos a hacer?"

Alucard, en un acto de pura frustración, la miró con los ojos encendidos y el rostro contraído por la furia. «Esperemos...», dijo con la voz llena de amargura. «Porque si continúa, mi casa, mi montaña... todo quedará reducido a nada. Y solo puedo observar, impotente».





No muy lejos...

"¡ISSO!!!! ¡SÍ!!! ¡¡FÓLLAME MÁS FUERTE!!!!" El rugido de esa mujer demonio resonaba en varias cordilleras mientras follaban de un lado a otro... Volaron, se estrellaron contra las montañas, pero nunca dejaron de follar.

"¡Joder!" Vergil gimió de placer, sintiendo el cuerpo de Sapphire amoldarse al suyo con una intensidad que lo volvía loco.

Los temblores de la tierra, las montañas desmoronándose a su alrededor, solo aumentaron la locura del momento. La agarró por las caderas, atrayéndola con fuerza hacia él, sintiendo cómo se retorció de placer.

El sudor goteaba por sus cuerpos, mezclándose con la nieve que caía a su alrededor, casi como si el mundo estuviera a punto de derrumbarse debido a estos dos cuerpos enredados.

"Eres mía", le gruñó Vergil al oído, mordiéndole el cuello con fuerza. "Nadie más te tendrá. Eres mía, solo mía". La mirada posesiva comenzó a envolverla, pero la furia y el calor del cuerpo de Zafiro comenzaron a crecer, derritiendo la nieve a su alrededor.

"¡JAJAJAJA!" Zafiro soltó una risa histérica, sin dejar de montárselo con furia. "¡¡¡VEN!!!", bromeó. "Me pertenezco a mí misma. Y si quiero, puedo destruirte en un instante."

Vergil le devolvió la sonrisa con malicia. "Quiero verte intentarlo", bromeó.

Pero nunca te dejaré ir. Eres mi obsesión, mi adicción. Te deseo, te necesito. Lo eres todo. Sus ojos comenzaron a desbordarse de obsesión, una capa negra





comenzó a abrazar a Zafiro con amor, todo a su alrededor se volvió negro y ella solo pudo seguir riendo mientras el choque de auras era aterrador.

"¡JAJAJAJAJA HAS CRECIDO!" Zafiro solo rió más fuerte, moviéndose cada vez más rápido encima de él, haciendo que sus entrañas apretaran su polla cada vez más fuerte.

Las montañas que los rodeaban parecían temblar con la fuerza de sus movimientos, y la nieve caía a su alrededor como una furiosa tormenta. Eran dos criaturas poseídas por el placer, listas para destruir todo lo que se interpusiera en su camino.

Sus cuerpos chocaron, sudorosos y jadeantes, perdidos en la frenética danza del sexo. El mundo a su alrededor ya no parecía importar, solo ellos y el deseo primitivo que los consumía. Las montañas eran testigos mudos de su lujuria, observando en silencio cómo se poseían salvajemente.

Con un gemido animal, Vergil la penetró con más fuerza, sintiéndola retorcerse bajo él. "¡Uhhgg!", gruñó. "¡Cada vez mejora!"

Zafiro echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito de puro éxtasis. "¡SÍ! ¡SÍ! ¡Fóllame más fuerte! ¡Rompe todo a mi alrededor! ¡Destruyelo todo!"

Vergil obedeció, embistiéndola cada vez más rápido, con movimientos cada vez más salvajes. La nieve se mezclaba con trozos de roca y tierra que caían a su alrededor, como si el suelo mismo se desmoronara con la intensidad de sus embestidas.

El clímax se acercaba y lo sentían. La presión en su interior estaba a punto de estallar, como un volcán a punto de entrar en erupción. Sus cuerpos estaban tensos, sudorosos y frenéticos, perdidos en la danza del deseo.





"Vergil..." Zafiro gimió suavemente, cerrando los ojos de placer. "Voy a... Voy a..."

"Córrete para mí, mi reina", gruñó Vergil en respuesta, con el cuerpo retorciéndose ante la presión del orgasmo inminente. "Córrete para mí y llévame contigo".

Y entonces, como un rayo que cae al suelo, llegaron al clímax juntos. Los gritos de placer resonaron por toda la cordillera, tan fuertes que parecían capaces de derribar hasta las rocas más sólidas. El temblor de la tierra se intensificó, como si el mundo entero se estremeciera con la fuerza de su placer compartido.

Cuando por fin terminaron, ambos se desplomaron en la nieve, jadeantes y sudorosos, mirando el cielo estrellado. Las montañas eran un caos, con rocas y nieve esparcidas por todas partes. Era como si una bomba hubiera explotado justo en medio de ellas.



Vergil sonrió, atrayendo a Zafiro hacia él y abrazándola con fuerza, rodeando la nieve. "Eso fue increíble", murmuró en su oído. "Eres increíble".

Zafiro solo rió, aún sin aliento. "Lo sé", bromeó. "Ahora, ¿qué vamos a hacer? Dudo que Alucard esté muy contento con el estado de sus montañas".

Vergil se encogió de hombros. "Al diablo con Alucard. Tendrá que lidiar con ello. Lo que importa somos nosotros dos y este momento perfecto."

Zafiro le devolvió la sonrisa, acurrucándose aún más entre sus brazos. "Tengo el coño tan lleno... perder la virginidad así se siente realmente bien", admitió.

"¿Hm? ¿Virginidad?" Vergil parpadeó sorprendido.



"¿Qué? ¿No lo dije?", dijo Zafiro. "Creé a Katharina con una parte de mi alma y esencia. Nunca dije que tuve sexo, ¿por qué lo haría? Soy una guerrera". Se encogió de hombros, como si sonara a broma.

"Para ser alguien que nunca ha tenido sexo, eres didáctica", comentó Vergil, analizando su cuerpo sudoroso entre la nieve. Luego, con una sonrisa aún más amplia, se subió y colocó su pene en su húmeda entrada...

"Ahora, bésame. Necesito más experiencia con esa gran polla dentro de mí."

Vergil rió suavemente y la besó apasionadamente, saboreando su aliento y el aroma de su cuerpo. Se besaron largo rato, mientras él seguía acariciando su coño con la punta de su pene.

"¿Seguimos?", dijo mientras se sentaba sobre su polla, deslizándose dentro...  
"Tenemos tiempo".

